

Querido Amando

No sin cierta sorna, me decía hace poco, un buen amigo valón: «Nunca se te ocurra contar un chiste a un flamenco el sábado por la tarde, pues comenzará a reirse en la misa del domingo». Yo me temo estar haciendo el papel de flamenco: mis respuestas llegan con tanto retraso, que a veces pueden producir la sensación de una salida de tono. Ni siquiera me ha sido dado a leer las cosas en su debido orden, pues —a causa de no sé qué birlirboque del correo— a mis manos ha llegado antes la intervención de Paco Martín Abril que tu respuesta. De verdad siento que mi carta enfriara un poco tu entusiasmo. Ojalá la de hoy lo recaliente de nuevo. Y, por si acaso ayuda en algo, te deseo sinceramente que arranques algún pellizquillo de suerte con esos 10 duros de lotería que te regalaron tus amigos de Bárcena. A los que, dicho sea de paso, nunca negué mi bendición.

Lo que yo no bendigo es la existencia de un pueblo en tales condiciones, no a sus habitantes, que merecen mi respeto más profundo.

Ya que he mentado el campo, seguiré con él. Nada tengo que añadir a tus puntualizaciones, que me parecen exactas, tanto desde el punto de vista social como contemplativo (poético). Sin incurrir en irenismos estúpidos, de los que soy enemigo, puedo decirte con toda honradez que estoy totalmente de acuerdo con lo que me dices en tu respuesta acerca del campo.

El asunto de la ciudad me parece más complejo. Vaya por delante que no soy ningún especialista en urbanismo, aunque me interese el asunto. Tampoco voy a citar ningún «marcuse», para decir algo como quien no quiere decirlo. Distingues, en tu respuesta, entre ciudades normales (de 50 a 250 mil habitantes, más o menos) y ciudades mastodónti-

cas. La distribución es importante, y creo estaba demasiado oculta en tu primer artículo («El aire de la ciudad») donde sólo tomabas como término de referencia la ciudad antigua. Pero, sinceramente, la distinción no resuelve el problema. Yo no creo, Amando, que sea el número de habitantes lo que hace a una ciudad inhumana. La cantidad lo único que hace es agravar el problema, quizá radicalizarlo. El hecho es que existen ciudades de las que tú llamas normales, tan inhumanas como las grandes urbes. Los gigantescos bloques de cemento y hierro no son privativos de las ciudades millonarias. Ni la prisa o el mal humor de sus moradores. Y el problema del chabolismo es lepra común de toda ciudad moderna, pequeña o grande, mantenida la debida proporción, claro. Te confesaré, Amando, que a mí me da mucho miedo cuando se habla del humanismo de las ciudades pequeñas. Me da miedo, porque este humanismo se suele identificar con cierto «pueblerinismo» (valga el término), en lo que tiene de peyorativo. No es ese tu caso, de lo que me alegro. Pero yo insisto en que no es el número de habitantes lo que humaniza o deshumaniza directamente una ciudad. La causa, para mí, está en otra parte.

De cara al futuro, yo sueño como tú con ciudades pequeñas, de esas que solemos llamar jardín, con ciertos puntos comerciales neurálgicos. Esto no es ninguna utopía, sino una realidad en algunos sitios de Estados Unidos y de Europa. Sueño con que, a ser posible, no se pueda hablar propiamente de un centro de la ciudad, como sucede en Washington. Si no me equivoco, en los mismos Estados Unidos existen ya planes muy concretos de una urbanización futura, que consistirá en una especie de atomización radial. Por supuesto, con mucho verde por todas partes (¿el campo en la ciudad?).

Pero ¡ay!, el futuro es el futuro. Y, hoy por hoy, las megápolis son una realidad concreta y palpante. A mí también me «jeringan» los festejitos esos al niño «dos millones» o «tres millones». Como me fastidia quien se entusiasma con el acontecimiento, como si fuera un signo de progreso humano (¡a lo que nos conduce nuestra manía indiscriminada del «nivel europeo!») Pero, ¿no crees, Amando, que en todos nosotros existe una cierta ambivalencia con respecto a las grandes ciudades? Por una parte las criticamos, por otra, nos sentimos muy atraídos por ellas. Quizás no sea ese tu caso; pero lo es de muchos hombres y no precisamente incultos o bobalicones. Yo pienso, Amando, que también las grandes ciudades —con todos sus defectos— pueden tener su «aquél», un algo que nos satisface íntimamente, y que no se reduce a sus innegables ventajas profesionales.

Insisto: no soy partidario de las ciudades mastodónticas. Mi carta anterior en ninguna manera era una apología —y aquí me parece que eres tú; quien ha tergiversado un poco las cosas—. Simplemente, me enfrento con una realidad de hecho, y procuro sacar de ella todo el jugo que se pueda. ¿Que los valores indicados también se

pueden encontrar en las ciudades normales? De acuerdo. Pero eso: también. Es lo que pretendía decirte en mi carta anterior. Por eso no estaba ni sigo estando de acuerdo con tu afirmación de que «las desafortunadas urbes de hoy ya no son protectoras de nada».

Yo pienso, Amando, que aunque necesario, no vamos a ir muy lejos condenando sin más nuestras ciudades millonarias. Pienso que mas vale —de cara al presente— buscar todos sus posibles valores, y explotarlos al máximo. Aunque, eso sí, conviene ir buscando soluciones más satisfactorias para el futuro, y aquí vuelvo a estar de acuerdo contigo. Sin embargo, mucho me temo que la causa sea más profunda, y estemos fijándonos tan sólo en un síntoma. Ya insinúas tú que estas macrourbes son «productos desbordados de la economía capitalista». Por ahí me parece a mí va la cosa. Porque —como yo— antes que intentar humanizar nuestras ciudades, habría que intentar humanizar nuestra sociedad. O simultáneamente. Pero eso ya son palabras mayores. Y me temo que de un momento a otro se me va a escapar la palabrita esa tan traída y tan llevada: estructuras. Por si acaso, pondré punto final.

Con un saludo muy afectuoso:

IGNACIO MARTÍN-BARO

Diario Regional

17 - Diciembre - 1968